

ENTRE EL MITO Y EL ENGAÑO

(Comentario a dos obras polémicas)

Por Fco. GOMEZ CAMACHO*

En los últimos años han salido a la luz pública dos libros que pretenden ser dos señales de alerta. Escritos dentro de la comunidad cristiana, sus autores avisan a los cristianos del peligro que corren si se empeñan en seguir determinados caminos de actuación socio-económica. Enrique Menéndez Ureña fue el primero en lanzar su grito de alerta: ¡¡Cuidado con el socialismo; el cristianismo socialista es un mito!! Colocaba así un "Prohibido el paso" a la entrada del camino cristiano hacia el socialismo. Dos años más tarde, y desde la posición que ocupaba en el camino que Menéndez Ureña pretendía cerrar, José Ignacio González Faus lanzaba otra advertencia: ¡¡Atención al capitalismo, el capitalismo aceptable es un engaño!! De esta manera, Menéndez Ureña y González Faus han colocado su personal disco rojo a la entrada de dos caminos abiertos por la humanidad.

En estas páginas no se pretende cerrar caminos, ni se busca encender semáforos rojos; al contrario, se espera ayudar a desmontar discos de STOP y señales de PROHIBIDO. Si hubiera de elegir alguna señal con la que resumir el espíritu de este artículo, esa señal sería la de intermitencia: no cierra caminos y sólo recomienda prudencia; en nuestro caso, mejor, sentido crítico.

* * *

Enrique Menéndez Ureña estudia en su libro "la postura del cristiano ante la opción político-económica entre el capitalismo y el socialismo" (1), y puede ser conveniente distinguir dos posibles planteamientos en el estudio de esa opción con el fin de comprender y valorar con acierto la obra de Menéndez Ureña.

* Doctor en Teología Moral y doctorando en Ciencias Económicas. Profesor de ICADE.
(1) E. MENENDEZ UREÑA, *El mito del cristianismo socialista*, Madrid, 1981, p. 9.

Fco. GOMEZ CAMACHO

Existe la persona que desea realizar una **opción responsable**, y aunque sabe que la actuación responsable no excluye necesariamente el error, trata de informarse lo mejor posible sobre la naturaleza y alcance de las diferentes opciones que se presentan. Existe también la persona que ante una opción concreta, que se considera responsablemente tomada, decide someterla a examen para comprobar si, efectivamente, se tomó de forma responsable y, además, si fue o no acertada.

En el primer caso nos hallamos ante una decisión que se ha de tomar responsablemente, aunque podamos equivocarnos en la opción; en el segundo, la decisión ya se ha tomado, y sólo se trata de enjuiciarla en su doble aspecto de responsabilidad y acierto. Si mi interpretación es correcta, Menéndez Ureña ha elegido este segundo planteamiento y, en mi opinión, esta elección le ha condicionado la exposición de su pensamiento.

A mi modo de ver —escribe Menéndez Ureña— la inmensa mayoría de los cristianos que dicen haber optado por el socialismo o por el capitalismo *en virtud de las exigencias evangélicas...*, lo han hecho sin apoyarse sobre la base de un conocimiento suficiente de la naturaleza del capitalismo y del socialismo. Es precisamente esta convicción..., la que me ha llevado al intento de ofrecer un conjunto de reflexiones y de análisis sobre la complejidad del tema (2).

Al expresarse en estos términos, M. Ureña se coloca ante la opción ya tomada por "la inmensa mayoría de los cristianos que dicen haber optado por el socialismo o por el capitalismo", y la somete a estudio crítico. La tesis que M. Ureña parece defender es que dicha opción, ni se tomó de forma responsable, ni siempre fue acertada. No se tomó de forma responsable, porque se optó por el capitalismo o por el socialismo "sin apoyarse sobre la base de un conocimiento suficiente de la naturaleza del capitalismo y del socialismo"; tampoco fue acertada cuando la opción se hizo en favor del socialismo. Sólo optando por el capitalismo para reformarlo se hubiera acertado en la opción. Precisamente a esta tesis se opone González Faus con su libro *El engaño del capitalismo reformable* (3). En opinión de González Faus, ni es cierto que la opción responsable del cristiano por un sistema económico u otro deba hacerse de acuerdo con las pautas metodológicas que M. Ureña propone y defiende; ni es más cierto que el proceso correcto de decisión concluya necesariamente en favor del capitalismo, aunque sea para reformarlo, y en contra del socialismo; se concluye, por el contrario, que el capitalismo es un engaño y el socialismo no es un mito.

(2) *Ibid.*, p. 19.

(3) J. I. GONZALEZ FAUS, *El engaño de un capitalismo aceptable*, Santander, 1983.

LA OPCION RESPONSABLE

He de empezar señalando mi total conformidad con algunas observaciones de M. Ureña en este punto de la opción responsable. Así, por ejemplo, cuando afirma que

Para que un cristiano pueda optar responsablemente entre una economía libre de mercado y una economía socialista ha de tener antes que nada algunas ideas realistas y claras acerca de la naturaleza y funcionamiento de una y otra forma de organización social y de la actividad económica. Estas ideas no puede obtenerlas evidentemente del evangelio, que no es ningún tratado de economía, ni de la teología en el sentido estricto del término (4).

Es posible que M. Ureña tenga razón también al afirmar que la "inmensa mayoría de los cristianos optan por el socialismo o por el capitalismo sin apoyarse sobre la base de un conocimiento suficiente de la naturaleza de estos dos sistemas económicos (5)". Y, desde luego, coincido con él en subrayar el peligro que encierra el método extrínseco de enjuiciamiento por el que se aplican

desde fuera, y sin las necesarias mediaciones, conceptos morales generales a categorías que sólo adquieren su verdadero significado dentro de determinados análisis del funcionamiento global de sistemas económicos enteros (6).

Precisamente porque considero imprescindibles las "necesarias mediaciones" de las que habla M. Ureña me parece que la contestación de G. Faus es insuficiente y no puede considerarse en sí misma una alternativa operativa. La afirmación de G. Faus "aceptando con realismo que quizá los cristianos no podrán desgraciadamente hacer otra cosa" (7) necesita ser desarrollada en lo que encierra de *realismo* y en lo que considera una *desgracia* para que pierda la ambigüedad del *quizá*. Desde mi visión personal, la puerta de este desarrollo la deja abierta M. Ureña, aunque él no la atraviese, cuando en su carta a G. Faus reconoce

que no hay análisis económicos "neutros", sino que la ideología siempre se introduce más o menos, pero que una pretensión de validez en la argumentación empírica o analítica no puede ser "rebatida" con una alusión general a su carácter ideológico ni con una referencia a un *desideratum*, sino sólo con otra argumentación empírica o analítica (8).

(4) E. MENENDEZ UREÑA, *op. cit.*, p. 9.

(5) *Ibid.*, p. 19.

(6) *Ibid.*, p. 30.

(7) J. I. GONZALEZ FAUS, *op. cit.* p. 123.

(8) *Ibid.*, p. 135.

Es este reconocimiento explícito de la posibilidad de “rebatir” la argumentación empírica o analítica lo que abre, como el mismo M. Ureña reconoce en su carta a G. Faus, la puerta a un diálogo posible y fructífero. Utilicemos, pues, esta puerta.

El capítulo II de su libro lo dedica M. Ureña al establecimiento y justificación de algunos criterios de enjuiciamiento moral de los sistemas socioeconómicos, y hubiera sido de desear otro capítulo dedicado al estudio y justificación de los criterios de enjuiciamiento científico. Desde mi punto de vista, la elección del marco analítico y las categorías marxistas para el tratamiento de los mecanismos fundamentales de funcionamiento de la economía (9) de ninguna manera justifica esa omisión. Porque, o ese marco analítico se ha elegido por considerarlo el más adecuado para el enjuiciamiento científico del problema —y, en tal caso, convendría demostrarlo—, o se ha elegido como estrategia para derrotar al enemigo en su propio campo. La impresión que se saca de la obra de M. Ureña es que fue esto último lo que movió a optar por las categorías y análisis marxista. Pero la utilización de las categorías marxistas no excluye que la argumentación empírica o analítica pueda ser “rebatida”, y éste es el punto que debemos comentar, porque en él parece expresar M. Ureña lo que entiende por argumentación científica.

Como es bien sabido, sir K. R. Popper ha dedicado la mayor parte de su obra a demostrar cómo, para que una proposición o un sistema de proposiciones pueda considerarse científico, es necesario que sean “refutables” por los hechos. Basándose en la asimetría entre refutabilidad y verificabilidad de las proposiciones estrictamente universales mediante observaciones o experiencias singulares, Popper ha propuesto el criterio de refutabilidad empírica como criterio demarcador entre la ciencia y la no ciencia (10). Supongo que la “rebatibilidad” de la que habla M. Ureña es lo mismo que la “refutabilidad” defendida por K. R. Popper y, de ser así, hubiera deseado un desarrollo mayor de cómo entiende M. Ureña esa “rebatibilidad”, porque además de ser un criterio sometido a crítica en la actualidad por los mismos científicos, tampoco es claro que la idea de progreso científico a la que conduce ese criterio coincida con la defendida por M. Ureña en su libro.

LA OPCION CIENTIFICAMENTE FUNDADA

La elección entre capitalismo o socialismo puede verse como uno de los numerosos casos en que la ciencia ha tenido que elegir entre dos teorías o “paradigmas” diferentes. De ahí que la opción responsable de la que habla M. Ureña pueda interpretarse, en primer lugar, como una opción científicamente fundada. Pero, ¿es tan evidente que el cri-

(9) E. MENEDEZ UREÑA, *op. cit.*, p. 25.

(10) K. R. POPPER, *El desarrollo del conocimiento científico*, Buenos Aires, 1967.

terio científico de elección entre dos o más teorías en conflicto es el criterio de "refutabilidad"? Ciertamente, la escuela popperiana así lo defiende. Sin embargo, en las dos últimas décadas se ha abierto paso una interpretación y un tratamiento de la teorización científica provocativamente diferentes de los popperianos. La aparición y desarrollo de esta nueva interpretación ha dado origen a la confrontación de dos visiones diferentes sobre el criterio de demarcación científica, y sobre lo que es tomar una opción científicamente fundada. Más aún, hay autores que distinguen hasta cuatro metodologías o procedimientos científicos de elección (11). Entre las críticas que se han hecho al criterio basado en la "refutabilidad", Inre Lakatos no ha dudado en afirmar que "cuando Popper se arriesga a hacer observaciones fortuitas sobre la falsabilidad de las más grandes teorías científicas, o bien cae en algún disparate lógico, o distorsiona la historia para acomodarla a su teoría de la racionalidad" (12). No creo que la aplicación del criterio de falsabilidad a la elección entre capitalismo y socialismo, tal y como se presenta en la obra de M. Ureña, no pueda ser criticada por distorsionar la historia, más bien me inclino a pensar lo contrario. De todas formas, la controversia actual sobre lo que debe ser el criterio de selección científica entre paradigmas alternativos no permite pensar que para "rebatir" una argumentación empírica y abrazar otra sea suficiente, dentro de la misma ciencia, el argumento empírico y analítico. La existencia de códigos diferentes de honestidad científica hace necesario justificar el código que se emplea, y esta justificación, naturalmente, ya no puede ser "científica".

Tampoco me parece del todo satisfactoria la idea de progreso científico que se deduce de la obra de M. Ureña. Admite que el hombre progresa

en la medida en que logra ir liberándose tanto de las ataduras de la ignorancia científico-técnica..., como de las ataduras de su brutalidad moral, psicológica y política (12).

Podría esperarse, pues, que desarrollase de algún modo cómo se produce ese progreso del conocimiento científico-técnico del que, al menos en parte, depende el progreso del hombre. También en este punto se hubiera encontrado con explicaciones diferentes, pues tampoco existe unanimidad entre los científicos en cuanto a la forma en que este progreso científico se produce. Hay quienes defienden que el conocimiento científico progresa por acumulación, de modo que los nuevos conocimientos vienen a sumarse a los ya existentes; pero también hay quien piensa que los grandes adelantos científicos se producen por revolución, no por acumulación.

(11) I. LAKATOS, *Historia de la ciencia y sus reconstrucciones racionales*, Madrid, 1982, p. 13.

(12) E. MENENDEZ UREÑA, *Op. cit.*, p. 35.

Fco. GOMEZ CAMACHO

En opinión de M. Ureña, tendríamos que

optar en nuestras sociedades desarrolladas por un paulatino mejoramiento (respecto a nuestros dos criterios éticos) de la economía de mercado y rechazar la implantación de un socialismo marxista (13).

Para quien fuera partidario de la visión analítica de la ciencia esta actitud tendría que ser tachada de chapucera; es una actitud remendada que trata de arreglar el traje viejo con un parche nuevo. Para quienes prefieren una visión socio-histórica de la ciencia, la actitud de M. Ureña sería más comprensible: es la actitud propia de un defensor de la "ciencia normal". M. Ureña se encuentra a gusto dentro de la ciencia económica "normal", y la ciencia normal, nos dice Th. Khun, no es revolucionaria, prefiere ser reformista.

Al calificar de "chapucera" la propuesta de M. Ureña puedo ser mal entendido, por eso necesito explicarme. Con relativa frecuencia sucede que el científico se encuentra con un problema que su teoría no resuelve satisfactoriamente, por ejemplo, el problema del desempleo, y puede optar por dos soluciones diferentes: sustituir su vieja teoría por otra nueva que sí ofrezca una solución al problema, o construir una hipótesis *ad hoc* que permite seguir usando la vieja teoría por algún tiempo y, en cierto modo, suavice el problema. Ante la falta de una teoría mejor, la hipótesis *ad hoc* puede ser un recurso que salve la vieja teoría como un remiendo nuevo puede salvar un traje viejo. Esto es lo que llamo "una chapuza".

Pero también existe, dentro de la actividad científica, la que se considera actitud y actividad revolucionaria una actividad que aspira a producir "ciencia extraordinaria", no "normal". Y esa "ciencia extraordinaria" tiene como fundamento actitudes que no son "viscerales, interesadas o irracionales" (14), sino rigurosamente científicas. M. Ureña sabe muy bien que, a partir de la obra de Th. Kuhn (15), se ha reforzado la discusión sobre la conveniencia de distinguir la "ciencia normal" de la "ciencia extraordinaria", y a la hora de elegir entre teorías alternativas, no es lo mismo hacerlo desde una actitud conservadora de la "ciencia normal" que hacerlo en busca de una "ciencia extraordinaria" con actitud revolucionaria. Y quizá no esté de más recordar que una persona tan poco revolucionaria como sir K. R. Popper ha escrito de la "ciencia normal" lo siguiente:

La "ciencia normal", en el sentido de Khun, existe. Es la actitud de los profesionales no revolucionarios, o, dicho con más precisión, no demasiado críticos; del estudioso de la cien-

(13) *Ibid.*, p. 195.

(14) *Ibid.*, p. 18.

(15) Th. KHUN, *La estructura de las revoluciones científicas*, México, 1971.

cia que acepta el dogma dominante del momento; que no desea desafiarlo, y que acepta una teoría revolucionaria nueva sólo si casi todos los demás están dispuestos a aceptarla, si se pone de moda. En mi opinión —concluye Popper— el “científico normal”, tal como Khun lo describe, es una persona a la que habría que compadecer (16).

Por supuesto que existen matices y gradaciones entre el “científico normal” y el “científico revolucionario”, pero si es cierto que hoy la ciencia económica se halla en crisis, pienso que el economista científico responderá mejor a las exigencias actuales de la realidad, y a su vocación científica, si actúa creando “ciencia extraordinaria” y no repitiendo la “ciencia normal”.

Esto no significa que considere la defensa del socialismo como actitud “científica revolucionaria”. Tan “normal” me parece hoy el paradigma científico socialista como me lo parece el paradigma capitalista. Significa que tanto el sistema capitalista como el socialista pueden y deben verse hoy como sistemas propios de un período histórico de “ciencia normal”, a los que la realidad histórica nos ha mostrado como incapaces de resolver muchos de los problemas que hoy nos preocupan. La elección no debe ser, para quien participa de una actitud científica revolucionaria, la de elegir entre dos paradigmas o teorías “normales”, como hoy son capitalismo y socialismo, sino la de buscar un paradigma que se enfrente a los problemas actuales como “anomalías” de los sistemas existentes no como “enigmas” de los mismos sistemas (17). Esta es la razón por la que considero igualmente insatisfactorio el libro de González Faus. Si el razonamiento de M. Ureña me parece ambiguo porque no expone lo que entiende por conocimiento científico y el modo en que progresa ese conocimiento, el razonamiento de G. Faus lo considero insuficiente en la medida en que prescinde de esos dos problemas.

Comparto con G. Faus la opinión de que “la ciencia no es neutral” y que “la autonomía de la razón no es algo previo a un proyecto humano” (18). Pero no creo que estas tesis sean las que se alzan hoy como obstáculo y muro de separación entre los partidarios de un sistema económico y otro. Tanto unos como otros encuadran el sistema socioeconómico que defienden dentro del proyecto humano que desean realizar. Todos reconocen que la ciencia no es neutral, pues aunque sólo sea por la ventaja que concede el conocimiento científico a quien lo posee ya sería necesario negar su neutralidad. Pero la dificultad se plantea cuando se pretende dar contenido concreto y singular a esas tesis; en otras palabras, cuando se busca un punto de referencia que nos permita conocer con relativa seguridad si estamos

(16) I. LAKATOS y A. MUSGRAVE (eds.), *La crítica y el desarrollo del conocimiento*, Barcelona, 1975, p. 151.

(17) Th. KHUN, *op. cit.*

(18) J. I. GONZÁLEZ FAUS, *op. cit.*, p. 17.

aplicando la razón o el corazón demasiado unilateralmente. Porque no se trata, como reconoce G. Faus, de contraponer la unilateralidad del corazón a la de la razón, sino de humanizar al hombre completo de forma que algún día llegue a vivir la Humanidad Nueva. Pero aún estamos luchando con la humanidad vieja, y en esta humanidad vieja e imperfecta aún siguen preguntándose los hombres qué es eso del conocimiento científico y cómo se puede progresar en él. Y se puede estar en favor de una determinada visión de la ciencia y de cómo progresa, o se puede estar en favor de otra, pero no me parece que hoy sea posible sentirse solidario con esta humanidad vieja sin asumir y responder las dos preguntas mencionadas.

También yo, ante la alternativa capitalismo-socialismo, "considero muy legítimo el planteamiento afectado" (19), pero no entiendo bien lo que G. Faus quiere decir cuando añade que "luego de su afectación (los partidarios de este planteamiento) han de tratar de funcionar neutra y objetivamente: ¡luego!, ¡no antes!" No entiendo lo que esto significa porque la historia nos dice que grupos de personas que compartieron un mismo planteamiento afectado en favor de determinados valores e ideales, cuando después trataron de resolver "de forma neutra y objetiva" los problemas concretos, no lograron ponerse de acuerdo en la solución correcta; y desde la incorrección de los análisis neutros y objetivos, dudaron de la sinceridad de la afectación de los planteamientos. Y es que el problema de la demarcación entre lo que podemos llamar la normatividad interna de la ciencia y la normatividad externa (a la que pertenecería la ética o la moral) no es un problema que se pueda considerar resuelto con sólo distinguir la existencia de un planteamiento afectado, distinto del supuesto planteamiento neutral. Se hace necesario explicar lo más claramente posible cómo nuestras preferencias afectivas se materializan en realidades o razonamientos científicamente efectivos. Y cuando dos teorías o paradigmas que se consideran igualmente científicos compiten entre sí, el criterio de elección de uno de ellos no podrá ser exclusivamente afectivo. Quizá no pueda recurrirse a la "refutabilidad" empírica, pero tampoco puede pensarse que sea la libre elección de las personas la que, en función de intereses inconfesados, o de preferencias afectivas legítimas, decida el paradigma o teoría a elegir. ¿Cuál es entonces mi tesis?

No creo que se pueda descalificar científicamente el cristianismo socialista acusándole de mito utópico; todo científico que no quiera ser un mero repetidor de la "ciencia normal" vigente aspirará a contrastar con la realidad teorías y paradigmas "revolucionarios" que, en un primer momento, pueden parecer utópicos. Y no debemos olvidar "que una revolución intelectual —en palabras de alguien tan poco utópico como K. R. Popper— parece a menudo una conversión religiosa". Tampoco creo que se justifique mejor el calificativo de

(19) *Ibid.*, p. 14.

“engaño” aplicado al capitalismo aceptable. Cuando muchos científicos proponen la “refutabilidad” de sus teorías como criterio demarcador de la ciencia están aceptando explícitamente que sus teorías pueden y deben ser refutadas; en otras palabras, están admitiendo la posibilidad de “engañarse”, y por eso buscan un criterio que les permita salir de su error. Esta es la explicación de por qué empecé diciendo que, ni el engaño posible, ni la utopía revolucionaria, pueden colocarse como discos rojos que nos impidan adentrarnos por caminos nuevos. La razón no necesariamente ha de ser razón del pasado, ni la libertad es necesariamente irracional. Por eso la creación es mezcla pasional de razón y libertad. Defender hoy teorías del pasado, fruto de la “ciencia normal”, es renunciar a la libertad; prescindir de esas teorías por seguir sólo la libertad equivaldría a suprimir la razón. Sólo cuando la razón y la libertad se aproximan salta la chispa de la creación. Si se acepta que tanto el capitalismo como el socialismo son hoy “ciencia normal”, habría que concluir que en ambos existe más racionalidad que razón y, desde mi punto de vista, la racionalidad es el peor inquisidor con que puede tropezarse la creación. Hay que rescatar la razón de las manos de la racionalidad de la ciencia “normal”, y ése es el desafío que hoy enfrenta la libertad. En mi valoración, este desafío es muy superior al que plantea la elección entre capitalismo y socialismo, en él deberían esforzarse los cristianos.